

LA TRANSFUSION DE LA SANGRE

La Habana, martes, 18 de abril 1911.

Sr. director de «La Lucha»

Presente.

Muy estimado amigo mío: de su bondadosa atención espero otorgue benévola acogida al adjunto escrito, que no tiene otro objeto que el de rectificar un concepto erróneo, vertido en el artículo publicado en el día de ayer en ése, su acreditado periódico, bajo el rubro de «La Transfusión de la Sangre».

Esperando ser complacido quedo siempre suyo amigo affmo.

CLAUDIO DELGADO.

17 abril 1911

Bajo el mismo epígrafe con que van encabezadas las presentes líneas, tuve el gusto de leer en «La Lucha», edición correspondiente al día 16 del corriente mes un escrito en el que se relata el caso de «transfusión de sangre», reciente mente efectuado en la clínica del «Sanatorio Cuba» por nuestro distinguido cirujano Dr. Raimundo Menocal, con la pericia y habilidad que este profesor tiene bien acreditadas en todo género de operaciones quirúrgicas que emprende. Mas como en el citado escrito, que parece ser de redacción, se afirma equivocadamente ser esa la primera vez que en Cuba se practica tal operación, créome en el deber de rectificar tan erróneo concepto, más bien que por reivindicar para mi humilde persona la prioridad del empleo de ese recurso terapéutico en la Habana, para restablecer, y eso es más importante, la verdad histórica en cuanto al desarrollo de la ciencia médica en Cuba.

Con tal propósito cabe exponer que se remonta al año 1878 (no puedo precisar más la fecha) la época en que hube de practicar yo en el hospital

de San Juan de Dios, «por primera vez en Cuba», la operación de transfundir la sangre a un individuo, empleando para ello la sangre de carnero. Tratábase de un sujeto atacado de rabia, enfermedad reputada entonces como indefectiblemente mortal, por cuya circunstancia los médicos que presenciaron el acto y me prestaron su concurso, entre ellos el inolvidable doctor Serafín Gallardo, creyeron que estaba sobradamente justificada la experimentación de ese medio curativo que, desde lejana fecha, venía empleándose en otras partes con variadas fortuna.

A partir de allí tuve oportunidad después de realizar en diferentes ocasiones la misma operación, pero siempre con sangre humana, sirviéndome al efecto, casi siempre, del aparato transfusor de Collin, y alguna vez también de una sencilla jeringa de cristal que expresamente hice construir en Nueva York, con ciertos accesorios «ad-hoc».

Apelando a la memoria, único archivo de que dispongo en este momento, por haberseme extraviado ya las notas clínicas detalladas de cada caso, voy a citar ligeramenta los casos de transfusión sanguínea que llevé a cabo con posterioridad a la época arriba señalada, y que fueron los siguientes:

Primero. — Caso operado en el hospital de San Juan de Dios, sala del Dr. Ignacio Plasencia, quien me invitó a practicar esa intervención, si mal no recuerdo, en un atacado de grave hemofilia.

Segundo. — Otro caso en el hospital San Juan de Dios, clínica del Dr. Raimundo Menocal, por cuya bondadosa indicación hice la transfusión a un individuo de la raza de color, mestizo, que por consecuencia de habersele saltado la ligadura de uno de los principales vasos arteriales del muslo, después de una amputación a que fue sometido, perdió mucha sangre antes de que fuese socorrido por el médico de guardia.

Este caso dio lugar a tales peripecias en el curso de la operación, que han quedado grabadas en mi mente con caracteres imborrables, y por lo mismo, creo interesante extenderme en consignarlas aquí, ya que hasta el presente quedaron inéditas.

Lo doloroso que es siempre imponer al prójimo un sacrificio no exento de peligros, hízome, en el caso de que se trata, pensar en el empleo de un suero artificial para inyectarlo en las venas del paciente. Pero he aquí que, en el preciso momento en que se calentaba el suero para comunicarle la temperatura adecuada, tenemos la desgracia de que se quiebre el termómetro sumergido en el líquido, derramándose en ésta todo el mercurio contenido en la cubeta del instrumento e inutilizando así el suero que me disponía a inyectar.

Ante este percance inesperado hube de preguntar si entre los circunstantes, estudiantes de clínica que venían a presenciar la operación, había alguien que se prestase a dar su sangre para salvar a aquel infeliz paciente; y no bien apuntada mi demanda, tres generosos alumnos de medicina cuyos nombres quisiera recordar para rendirles en esta ocasión el tributo que merecen por su altruismo, se apresuraron a ser víctima propiciatorias, ofreciendo su sangre en favor de un ser mísero y desdichado.

El deseo de no abusar de los generosos sentimientos de aquellos abnegados jóvenes decidíme a tomar de cada uno de ellos sólo una porción de cantidad total, que juzgaba necesaria para el éxito de mis empeños; pero sucedió que, en los momentos finales de la operación, la vena incidida del tercer alumno, no daba sangre (sin duda por la falta de paralelismo en el corte de los tejidos), por lo cual, el más interesado moralmente en el éxito operatorio, que era sin duda el operador mismo, extendió su brazo izquierdo e invitó al doctor Menocal que presenciaba la operación para que le abriese una de las venas de la flexura del brazo, a fin de dar breve término a la transfusión interrumpida, como así lo hizo.

Tercera. — Otra transfusión fue ejecutada en un enfermo particular, dependiente del almacén de Durañona en la calle de los Oficios, quien atacado de fiebre amarilla, quedó materialmente exangüe por consecuencia de abundante hemorragia nasal. En esta ocasión fui ayudado por el Dr. Carlos J. Finlay con quien colaboraba yo a la sazón en los estudios especiales de fiebre amarilla.

Cuarto. — Un nuevo caso en otro atacado de fiebre amarilla, el secretario particular del gobernador civil, señor Rodríguez Batista, dio motivo a otra intervención análoga.

Quinto. — Otro caso en un paciente también de fiebre amarilla, asistido por el Dr. Argumosa (hijo), quien solicitó mi consulta cuando ya anémico el enfermo presentaba indicios de uremia, decidimos someterle a la transfusión, ya que se consideraba perdido el caso. Y aquí debo consignar la circunstancia singular de que efectuada una vez la operación con sangre que dio un amigo del enfermo, y animados a secundarla por los efectos favorables que creímos ver, no hubo término de conseguir que otro alguno prestase su sangre incluso un hermano del paciente, hombre joven y bien construido que quizás hubiese contribuido a salvarle.

Sexto. — Corresponde señalar aquí, como caso notable, el de la señora María Albertini de Casuso, primera esposa de nuestro distinguido compañero el Dr. Gabriel Casuso, cuyo testimonio ha de ser de los más valiosos.

Causa de la intervención, un estado gravísimo de depauperación orgánica que se resistía a todos los tratamientos y cuidados que se la prodigaban, consecutivas al puerperio.

En este caso tuve la dicha de ser el operador, transfundiendo a la vez mi sangre plebeya en las venas de aquella noble dama, que restablecida, creemos que a virtud de la operación, tenía a gala el decir que portaba sangre vascongada en su cuerpo.

Todavía acude a mi mente el recuerdo de otra respetable señora, la esposa del doctor Alberto S. de Bustamante, por cuya deferente solicitud acudí a prestar mis pobres auxilios, ya «in extremis» a aquella señora que, por causa análoga a la del caso precedente, si la memoria no me es infiel, hube de practicar sin éxito la transfusión.

Estos son los datos que recuerdo de transfusiones de sangre realizadas por mí y tengo idea o vaga reminiscencia de que, imitando esta práctica una o dos veces se hicieron también transfusiones por médicos militares en el hospital de San Ambrosio.

Bien que algunos de los casos que llevo expuestos tuvieron cierta notoriedad entre el cuerpo médico, no es de extrañar que sean desconocidos para muchos de los de la presente generación, por cuanto nunca salieron de la oscuridad a que voluntariamente fueron relegados por mí estimándolos como hechos de escaso relieve para ser merecedores de publicidad. Y repito que he salido ahora a la palestra, estimulado por la única finalidad de restablecer entre nosotros la verdad histórica de nuestro desenvolvimiento científico desde la época colonial.

CLAUDIO DELGADO.